
Comentarios y Reseñas bibliográficas

EL 17 DE OCTUBRE DE 1945, ENTRE LAS CIENCIAS SOCIALES Y LA CIENCIA FICCIÓN.

Comentario bibliográfico basado en tres textos:

Juan Carlos Torre: “¿Qué hubiera ocurrido si hubiese fracasado el 17 de octubre de 1945?”. En Santiago Senén González y Gabriel Lerman, compiladores: *El 17 de octubre de 1945. Antes, durante y después*. Buenos Aires, Lumiere, 2005, 296 páginas.

Mariano Ben Plotkin: *El día que se inventó el peronismo. La construcción del 17 de octubre*. Buenos Aires, Sudamericana, 2007, 224 páginas.

Loris Zanatta: *Breve historia del peronismo clásico*. Buenos Aires, Sudamericana, 2009, 224 páginas.

En los últimos años el peronismo se puso de moda en las librerías. Aun excluyendo las obras de ficción y las reediciones, tengo en mi base de datos más de 350 libros editados sobre el tema desde 2003: a diferencia de otras décadas, no hay libros con debates de ideas actuales; hoy la mayor parte contiene testimonios militantes, investigaciones, tesis, monografías y ensayos diletantes. Buena parte de ellos trata sobre el período 1946-1955, y en muchos casos son trabajos de docentes e investigadores universitarios sobre las dos primeras presidencias de Juan Perón. Esto habilitaría a suponer que finalmente la academia se ha decidido a hacer un análisis serio sobre esos años. Sin embargo, y aunque con el tiempo transcurrido la mayor parte de los partidarios del peronismo revisó críticamente muchas de sus visiones iniciales, persiste un importante sector del antiperonismo que sigue refugiándose en su prestigio académico para repetir las mismas necedades que vienen planteando desde hace 60 años, con el agravante de que su uso ya no se puede justificar por la pasión que suelen inspirar las rivalidades políticas. Tampoco se ha avanzado en la línea polémica de algunos hitos de las ciencias sociales en la Argentina: por ejemplo, las obras de Gino Germani,¹ la de Murmis y Portantiero,² o la de Waldmann,³ en lugar de servir como puentes hacia nuevas hipótesis originales –y progresivamente más ecuanímes, si no es mucho pedir–, fueron tomadas como verdades

definitivas. Tres ejemplos especialmente desafortunados de esta producción son los textos de Juan Carlos Torre, Mariano Ben Plotkin y Loris Zanatta, que tratan sobre el 17 de octubre de 1945 y sus consecuencias. A pesar de sus antecedentes académicos, en un ejercicio clandestino de la ciencia militante no ahorran crónicas sesgadas, ni citas de textos apócrifos, ni usos inadmisibles de conceptos elementales de la ciencia política.

Salvo muy escasas excepciones, en las referencias bibliográficas de sus textos no hay autores peronistas, algo llamativo porque su objeto de estudio es precisamente el peronismo. Sin caer en la versión igualmente absurda de suponer que sólo un peronista puede entender al peronismo, resulta al menos cuestionable el método.⁴ En realidad, ellos con frecuencia citan discursos de Perón, pero lo hacen de manera fragmentaria y recelosa, siempre para demostrar su mala índole y no para, por ejemplo, conocer las razones de las políticas que impulsaba. Se han ejercitado tanto en poner en duda las palabras de Perón que hoy ya saben con exactitud en qué momentos expresaba sinceramente sus ideas en los discursos (básicamente, cuando decía algo que olía a fascismo), y cuándo simplemente estaba disimulando, urdiendo intrigas y manipulando multitudes (todo el resto del tiempo).

El artículo de Juan Carlos Torre, titulado “¿Qué hubiera [sic] ocurrido si hubiese fracasado el 17 de octubre de 1945?”, ya había sido publicado hace diez años.⁵ En él especulaba con que tal fracaso –y con Perón ya fuera de juego– habría significado el triunfo de Tamborini en las elecciones de febrero de 1946 y éste, lejos de restaurar el régimen oligárquico, habría llevado adelante casi exactamente las mismas medidas que tomó Perón en su primer gobierno.

Tanta gracia le causó a Torre su propio ocurrencia que reeditó el mismo artículo, sin cambiarle una sola coma, aunque agregó un par de páginas donde justifica la rigurosidad científica del método “contrafactual”. A juzgar por el uso que le da, pareciera que tal método habría sido forjado para poder liberarse de la obligación de dar un uso razonable a las fuentes documentales y para redistribuir culpas y responsabilidades sin el menor respeto por hechos históricos incontrovertibles. Para Torre, Perón era un pusilánime que sólo tuvo a la suerte de su lado, y que mentía y engañaba continuamente; sin embargo, tuvo la inmensa fortuna de que el general Ávalos permitiera su retorno el 17 de octubre al negarse a reprimir el inicio de la manifestación. En este punto también la psicología hace su contribución: Ávalos cargaba con la culpa de haber producido un enfrentamiento que causó 70 muertes durante el golpe de 1943. Bien podría haberse psicoanalizado y permitirse así movilizar tropas desde Campo

de Mayo para cercar la Plaza en ese fatídico 17. Pero no lo hizo. Eso es todo: un poco más de presencia de ánimo en los adversarios de Perón y la historia habría sido otra.

Torre olvida que, en los pocos días que Perón estuvo detenido, conservadores y empresarios pretendieron revertir rápidamente las conquistas sociales de los trabajadores alcanzadas en los dos años anteriores. Su sucesor en la Secretaría de Trabajo y Previsión manifestó que habría “cambios en la política de respaldo activo del Estado en la defensa de las reivindicaciones obreras”. Los empresarios se negaron a pagar el feriado del 12 de octubre y anunciaron que tampoco abonarían el aguinaldo.

Pero Torre siente el deleite de quien rescribe la historia obedeciendo a sus reflejos más primarios: con Perón en Chubut, el radicalismo se habría negado a acordar con los conservadores –de un plumazo corrige un pasado impresentable–, aunque sí lo habría hecho con sectores de la izquierda, mientras los restos del peronismo habrían sido encabezados por Mercante, quien habría logrado un cómodo tercer puesto, detrás incluso de los conservadores. Radicales y dirigentes de la izquierda ratificarían así “sus credenciales en defensa de los derechos del trabajo, reclamando la inspiración, cuando no la autoría, de las políticas implementadas durante esos años. Ausente Perón, podían predicar su mensaje de reparación social desde un lugar que había sido siempre el suyo y que aquél les usurpara con artes demagógicas”. Textual. También se habrían evitado así otro tipo de desviaciones malsanas: las corrientes de izquierda retomarían “su influencia en el movimiento obrero, al igual que en Chile, Uruguay e, inclusive, Brasil”.

En la ficción científica de Torre, Tamborini habría disfrutado para sí de la innmerecida suerte que Perón tuvo al asumir el gobierno con “los términos de intercambio más altos del siglo y el respaldo, además, de la abundante reserva de divisas acumuladas durante la guerra”. Con esa ganga, habría redistribuido el ingreso al igual que lo hizo Perón, el timorato afortunado. Pero Tamborini era un moderado y como tal habría evitado los excesos. Por ejemplo, con él los salarios reales habrían quedado “por debajo de los niveles espectaculares que hubieran [sic] sido esperables si en el timón del gobierno hubiese estado un líder político necesitado de darse una base de apoyo popular”. Como no era necesaria tanta demagogía, la redistribución del ingreso habría sido obra de los sindicatos.

No puedo dejar de figurarme el frenesí del autor ante cada uno de sus hallazgos científicos. Semejante movilización popular habría provocado una ma-

por influencia de las ideas de izquierda y por lo tanto una creciente resistencia en las fuerzas armadas. Llegaron los malos. Y un nuevo golpe de suerte para Perón, que alcanzaría la presidencia en 1952 con el apoyo de los conservadores en el Colegio Electoral. Perón demostraría a partir de allí su completa perversidad: reprimiría a los trabajadores. En la utopía de Torre, entonces, todas las medidas populares las habría tomado Tamborini, y las impopulares Perón. Por eso éste rápidamente caería por un golpe militar en el que, de paso, no participarían ni radicales ni socialistas. Qué lástima lo de este Ávalos...

Por su parte, Mariano Ben Plotkin publicó un libro llamado *El día que se inventó el peronismo*. El equívoco del título seguramente es deliberado: no dice “el día *en* que se inventó el peronismo”, que sería lo correcto si la intención del autor fuera describir los hechos del 17 de octubre de 1945. En verdad, lo que Plotkin busca demostrar es que el peronismo “construyó” sobre ese día una versión falsa y deliberadamente engañosa. Su voluntad refutatoria de las leyendas peronistas lo lleva a querer demostrar la falsedad de varios “mitos” justicialistas sobre el 17. Según él, la movilización popular no fue espontánea, el protagonismo de Evita no existió, la cúpula de la CGT no fue irrelevante para la concreción del reclamo popular, los manifestantes iban bien vestidos (dice Plotkin con perspicacia: “si los descamisados se convirtieron en tales al sacarse el saco, es porque la mayoría lo llevaba puesto”), y parece que ese día no estaba tan llena la Plaza de Mayo como se piensa... la cosa sigue: hubo saqueos y agresiones contra periódicos opositores, la policía fue cómplice de los manifestantes, y no habría que desechar tan livianamente la hipótesis de que en realidad fue Perón quien armó todo, mandando a que lo detuvieran para después poder volver triunfante...

El libro de Plotkin contiene además una crónica notablemente sesgada de los hechos que rodearon al 17 de octubre, plagada de repeticiones, en las que no hay ninguna hipótesis o dato original –de hecho, buena parte del texto está compuesto por citas de otros autores–, excepto una referencia al supuestamente fraudulento cambio de discurso de Perón. Aunque tampoco es un aporte del todo novedoso. Ya Hugo del Campo había desarrollado esta idea cara a cierto antiperonismo ilustrado: Juan Perón habría cambiado visiblemente su discurso entre 1943 y 1946, pasando de un ideal de armonía entre las clases sociales a un ataque cada vez más incisivo contra la oligarquía. La razón de este cambio sería su interés por obtener votos de las clases bajas, algo a lo que se habría visto obligado a causa del presumible fracaso en el intento de ganarse a los sectores medios y altos. Esto de paso abre el juego a la interpretación de que

Perón era en el fondo un fascista hecho y derecho que buscaba presentarse como candidato de la derecha para dirigir la guardia anticomunista, y que la hostilidad de los sectores medios lo habrían obligado a cambiar de táctica. Vale decir que en realidad era fascista pero no pudo demostrarlo. Olvidan quienes sostienen este disparate que el propio Perón durante toda su vida política buscó instalar una doctrina política de integración entre clases sociales, algo que se puede comprobar fácilmente leyendo su obra. Estuvo muy lejos de ser el agitador de masas con el que Plotkin fantasea. Sí es cierto que dedicaba una buena parte de sus discursos para cuestionar a la oposición. Pero en lugar de invocar bajos instintos de un coronel contradictorio, bien se puede analizar muy esquemáticamente el cambio en el contexto político de esos pocos meses: si cuando inició su gestión en la Secretaría de Trabajo y Previsión Perón buscó demostrar a sus camaradas de armas y a los sindicalistas la posibilidad cierta y concreta de establecer un gobierno que impulsara pacíficamente la justicia social en la Argentina, a medida que avanzaron las normas que aseguraban derechos largamente reclamados por los trabajadores, para resistirlas la oposición se centró cada vez más claramente en una serie de tópicos “republicanos” y pronorteamericanos. Mientras, los ataques opositores crecientemente se dirigían contra su persona y se volvían cada día más infames. Aparentemente, lo juicioso habría sido que Perón siguiera imaginando una burguesía nacional que comprendería rápidamente los beneficios de mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. La argucia de Plotkin –nada novedosa, por cierto– es razonar como si hubiera un solo equipo en la cancha y el rival no jugara, es decir, como si no hubiera políticos o diarios opositores que cuestionaban las reformas, y adjudicar por tanto todos los cambios en el discurso de Perón a una deliberada intención de manipular al electorado.

Las citas textuales de las palabras de Juan Perón siempre son utilizadas por Plotkin para refutarlas. Ninguna sirve para analizar los fundamentos de la doctrina, o para describir con relativa neutralidad los objetivos de su gobierno. De hecho, es tanta la parcialidad de Plotkin que llega a incluir frases textuales de Borges y de Germani increíblemente disparatadas, pero esta vez sin comentarlas ni desmentirlas.

El caso de Loris Zanatta es el más difícil de reseñar, porque no sólo no presenta ninguna hipótesis original, sino que además se limita a repetir sin crítica alguna los *highlights* de la literatura académica antiperonista. El objetivo de su compilado es demostrar que “la naturaleza más íntima y profunda del peronismo, de sus fundamentos antropológicos y de sus horizontes ontológicos” per-

miten calificarlo como un miembro más de la “heterogénea familia” fascista. Sus razones para considerarlo tal son de lo más llamativas: “su intrínseca pulsión totalitaria, por más que nunca haya llegado a manifestarse por completo” –claro, tratándose de una “pulsión”, es indemostrable su inexistencia, lo que sí es demostrable es la indignidad de usar semejante término para referirse a un movimiento político–; “el antiimperialismo o la xenofobia”, términos que Zanatta vincula interesadamente, como si pertenecieran a la misma raíz ideológica el odio racial y el cuestionamiento al expansionismo de las grandes potencias; la “aversión por el pluralismo”, que supongo habilitaría también a incluir entre los fascismos a los gobiernos soviéticos, a las monarquías laicas o a las aristocracias teocéntricas; y la representación “corporativa”, tema sobre el que volveré más adelante.

También otros rasgos típicamente fascistas habrían caracterizado según Zanatta al peronismo: la tendencia a suprimir el pluralismo político, “que, si nunca llegó a cristalizar en un verdadero partido único, en los hechos actuó como si lo fuera” (sic). El peronismo habría asimismo ambicionado “ponerse al frente de una especie de proceso regenerador revolucionario” –y nuevamente, lo mismo podría decirse de muchos otros gobiernos, incluyendo a la URSS y al Proceso de Reorganización Nacional. Además, “al peronismo no le faltó, por cierto, el impulso expansionista típico de los fascismos”, aunque en este caso Zanatta aclara que si Perón no puso en práctica la máquina invasora fue porque no tuvo oportunidad para hacerlo (todo son pulsiones...). Por último, “la condición profundamente religiosa del peronismo”, que incluye su presunta deuda con el “organicismo católico”, lo habría llevado incluso a intentar secularizar ese legado y “pasar de vehículo de una política religiosa (sic) a régimen fundador de una religión política”, lo que habría terminado provocando su caída.

Toda esta enumeración da lugar a la conjetura de que Zanatta primero leyó la teoría –algún manual bastante malo, porque con esa lista hasta Franco y Salazar zafan tranquilos– y después recién buscó los rasgos históricos que permitirían confirmarla, negando una larguísima serie de acontecimientos, textos y discursos que señalan hacia otro lugar.

Según Zanatta, si Perón no fundó un gobierno totalitario no fue por falta de interés, sino porque las condiciones no se lo permitieron. Esta hipótesis permite condenarlo sin necesidad de recurrir a los hechos. Por ejemplo, para él Perón era “expansionista” –dudo que se pueda aplicar un término más absurdo a su gobierno– y “corporativista” –pese a que la Constitución de 1949 no tiene

una sola referencia al respecto—, pero la misma resistencia de las corporaciones que “eran la base de su régimen” le impedían consagrar esos ideales en acciones concretas. Zanatta sostiene que el peronismo hizo un “esfuerzo por organizar y nacionalizar a las masas y a los diversos sectores sociales a través de una representación funcional, es decir, corporativa, estructurada en torno del Estado, el partido y el líder, fundidos en un único haz [sic] y, con el tiempo, cada vez menos diferenciables, lo cual implica una representatividad ‘de hecho’ que en el régimen peronista pesó siempre mucho más que la representatividad formal, expresada a través del voto”. Bueno, la primera aclaración que hay que hacer es que si se califica como corporativista a todo sistema político en el que hay instituciones que pesan más en las decisiones que el voto del pueblo, no consigo ver quién podría salvarse del mote. Pero además, el peronismo no desdiseñó precisamente la importancia del voto. De hecho, Perón no pidió la presidencia el 17 de octubre de 1945, sino que se llamara a elecciones, y todos los golpes e intentos de golpe de Estado que sufrió el peronismo fueron inmediatamente antes de las elecciones en las que se presumía que ganaría. Por último, Zanatta sobrevalora la capacidad de veto de las “corporaciones” (Iglesia y Fuerzas Armadas, especialmente) sobre el propio Perón, porque lo necesita para poder argumentar que se trataba de un régimen corporativo.

Pero aclaremos algo sobre el corporativismo. Si se hiciera un esquema ideal de clasificación de ideologías políticas, podría decirse que las “pluralistas” son aquellas que no aceptan ningún tipo de vínculo entre los representantes elegidos por el pueblo y los grupos de poder social (el alfonsinismo tendía a esta posición), mientras que en el otro extremo los “corporativistas” buscan reemplazar directamente la representación electoral tal como la conocemos por una representación funcional, en la que las distintas instituciones obtendrían directamente cargos ejecutivos y legisladores, no en razón de la cantidad de votos o adherentes, sino por su importancia intrínseca. En la práctica, las ideas y los sistemas políticos suelen estar entre ambos extremos. Por eso se afirma que en todos los regímenes democráticos modernos hay prácticas “neocorporativas” (el término lo usaron, entre otros, Schmitter y Offe) que promueven una concertación tripartita entre gobierno, sindicatos y organizaciones patronales. Estas prácticas, en la medida en que estén debidamente reguladas, no serían opuestas al principio democrático, porque lo que buscan no es burlar el interés común, sino precisamente hacerlo visible para resguardarlo de las presiones sectoriales. En este sentido, Perón fue un pionero. El movimientismo del peronismo le permitió elaborar una doctrina que no sólo fue una guía para vincular a la ciuda-

danía con el accionar del Estado, sino que además lo habilitaba para pretender encastrar a los distintos poderes sociales en un proyecto de Nación. Esta es la fórmula que el peronismo ha reivindicado para contrapesar el poder de veto que tienen las corporaciones frente a las instituciones democráticas.⁶

Pero es un disparate acusarlo de corporativista, porque estuvo lejos de proponer un reemplazo de las estructuras horizontales de las organizaciones profesionales por estructuras verticales, o una sustitución de la representación electoral por una representación funcional. Sólo se puede mencionar la experiencia del Chaco, que ni siquiera fue totalmente corporativista y que rápidamente fue desconocida por los propios peronistas. Zanatta llega sin embargo a decir que la Constitución del 49 –que, según el autor, “contenía entero el núcleo ideológico del peronismo”– era “corporativista”, pese a que su parte orgánica sólo fue modificada muy levemente, y de hecho hasta incorporó modificaciones tendientes a un mayor “pluralismo”, tales como la elección directa del presidente y de los senadores.

Evidentemente Zanatta ignora estas diferencias conceptuales, y groseramente entiende que si Perón opinaba que debía existir colaboración entre los diferentes sectores económicos era porque estaba insinuando un cambio en las condiciones de representación política, y que si no avanzó más en su irrefrenable pulsión corporativista fue porque se lo impidieron... ¡las mismas corporaciones que según él incubaban el germen corporativista! A esta altura, no importa tanto la rusticidad de este argumento de Zanatta como el hecho de que coincida con el de muchos de sus pares: las verdaderas intenciones de Perón siempre eran peores que sus acciones. Tan enceguecidos están con su modelito que en ningún momento se les ocurre la posibilidad de que Perón estuviera diciendo en sus discursos siquiera mínimamente alguna verdad acerca de sus ideas políticas: bien pensado, así se evitan tener que leerlo...

En lugar de eso, las citas siempre se usan como confesión de parte. Por ejemplo, Zanatta menciona que los documentos del GOU estaban dotados “de una notable carga antisemita”, porque asociaban al imperialismo anglosajón “con frecuencia y de buena gana” con “la infaltable conspiración judía” (sic). Sólo queda suponer que se refiere a la “proclama” hitlerista apócrifa del 3 de junio de 1943, que fue citada –entre otros– por Santander, Martínez Estrada, Sanmartino, Del Mazo, Repetto, Damonte Taborda y Clementi, y más recientemente por Carranza⁷ y Blaquier.⁸ Pero por ejemplo Alain Rouquié –que no puede ser acusado de tener simpatías con el peronismo– dice sobre esa “proclama”: “su estilo ampuloso, su insistencia en hacer hincapié en referencias nazis,

las revelaciones políticas falsamente ingenuas, las afirmaciones de cinismo primario, todo ello permite concluir que el panfleto es apócrifo". De hecho, sostiene Rouquié, el texto fue "escrito mucho tiempo después del golpe", pese a que estuviera "burdamente" fechado el 3 de junio de 1943. Y concluye: "semejantes fantasías históricas, que dan una idea de lo desatadas que estaban las pasiones, competen a la ciencia ficción y no a nosotros".⁹ Robert Potash también niega la autenticidad de la "proclama", y llega a afirmar que "los textos publicados de dicho volante contienen varias diferencias lingüísticas secundarias que sugieren que son traducciones de un original no español".¹⁰ Pues bien, aunque los libros de Rouquié y Potash de los cuales saqué estas frases figuran en la bibliografía de Zanatta, éste igual prefiere ignorar sus conclusiones y elige –como en todo su libro– la versión que condena a Perón.

En fin, dejando de lado lo censurable que resulta el hecho de que se usen credenciales académicas para describir hechos históricos con tanta arbitrariedad, también resulta cuestionable el objetivo político que con ello se está buscando. Estos textos tienen en común la pretensión de refutar las visiones que entre 1946 y 1955 el peronismo había procurado imponer sobre sí mismo. Semejante espíritu iconoclasta ya debería haber tomado nota de que nadie hoy sostiene seriamente esas leyendas. Insólitamente, citándose una y otra vez a sí mismos, estos autores han olvidado levantar la mirada. Conmueve tanta insistencia, y es cierto que –salvo excepciones– con el tiempo mejoraron bastante la puntería. Pero alguien debería comisionarse y avisarles que el enemigo al que cascotean con tanto entusiasmo hace tiempo que dejó esa trinchera y está dando otras batallas.

Mariano Fontela

NOTAS

1 Especialmente *Integración política de las masas y el totalitarismo*. Buenos Aires, Colegio Libre de Estudios Superiores, 1956.

2 Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero: *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

3 Peter Waldmann: *El peronismo. 1943-1955*. Buenos Aires, Sudamericana, 1981.

4 Por ejemplo, entre los más de 50 libros citados por Zanatta sólo se pueden computar tres o cuatro escritos por autores que no son notoriamente antiperonistas, incluyendo los de José Paradiso y Claudio Panella. Plotkin incluye 43 "sugerencias bibliográficas", en las que salvo dos excepciones no hay libros escritos por adherentes al peronismo.

Pese a que lo citan extensamente y a que sus *Obras completas* tienen 40 tomos, no sugieren en concreto ningún texto de Juan Perón. Torre no refiere ningún libro en su artículo.

5 Niall Ferguson, compilador: *Historia virtual*. Madrid, Taurus, 1998.

6 Ver, por ejemplo, Juan Perón: *Conducción política*, especialmente en las ediciones posteriores a 1973, que contienen un “apéndice de actualización doctrinaria”.

7 Octavio Carranza: *Radiografía de los populismos argentinos*. Córdoba, Liber Liberat, 2007.

8 Carlos Pedro Blaquier: *Juan Domingo Perón*. Buenos Aires, Dunken, 2008.

9 Alain Rouquié: *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Buenos Aires, Emecé, 1982, página 26 y s.

10 Robert Potash: *El ejército y la política en la Argentina. 1928-1945. De Yrigoyen a Perón*.